



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9044

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provinciales.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lerette rue Caumartin, 61. y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

Anisado de Naranja y Aguardiente Catalán «Flor de anís» MARCA «FARELL.»

Altamente recomendables para la bebida por sus virtudes digestivas y sabor agradable.

De venta en las principales botillerías, cafés, colmados y confiterías, y en la misma fábrica, Carmen 64, Barcelona.

Representante exclusivo para las provincias de Albacete y Murcia, D. Fernando Giménez de Borenguer, Lizana 8, pral., Cartagena.

SABADO 19 DE DICIEMBRE DE 1891.

ECOS DE MADRID

17 Diciembre 1891.

Es cosa sabida: en esta época del año, lo único que preocupa a los españoles y a los franceses y portugueses fronterizos es el premio gordo de la lotería nacional.

Que nuestra producción va a su frir por efecto de las leyes proteccionistas que han votado las Cámaras francesas! El suceso es grave, trascendental; pero por de pronto nuestros vecinos hacen grandes pedidos, este año no se notará la alta de metálico y luego ¿qué cosechero ha dejado de comprar un décimo siquiera? La esperanza sonríe, todos confían en que su número será el premiado. ¿Por qué no? En último resultado, cuando las ilusiones se han agotado se pensará en el porvenir. Ahora he vienen mal unos días de cálculos risueños.

Hace unos cuantos días que en las administraciones de loterías de Madrid apareció el cartelito con las palabras: *No hay billetes.* ¡Qué consternación! Hubo quien recorrió todo Madrid en busca de los décimos sin encontrarlos. Pero como sucede en los alrededores de los teatros, los revendedores ofrecían las fracciones de billetes, por supuesto con prima. ¡Qué de diatribas contra el Gobierno que permitía semejante abuso! Las exclamaciones debieron llegar a las alturas porque la Dirección del ramo dictó una orden a los administradores mandándoles recoger los décimos ambulantes y expendierlos en sus respectivos despachos. Con este motivo los perezosos pudieron adquirir el derecho a soñar unos cuantos días y tutti contenti hasta el día 23 en que la realidad pondrá de mal humor a unos cuantos millones de españoles mientras que una insignificante minoría saborea los favores de la fortuna.

Este año despierta el premio gordo especial interés. Doce millones, sesenta mil duros, la décima parte. ¿Quién será el feliz mortal que repartirá los doce millones?

En buena ley no debían quejarse los que se quedan en el estorbo que bien valen cincuenta pesetas las dulces ilusiones que durante estos días enciende el que posee un décimo cualquiera de los que pueden convertirse en sesenta mil duros.

Me han contado que se ha vendido en Madrid sólo mil recibos de los que se han impreso para poder dar parte a los amigos en el sorteo

de Navidad, como pregonan los vendedores. ¡Es vender!

En mis próximos *Ecós* ya sabremos a qué atenernos. A las ilusiones sucederán el turrón y los pavos, y los que están llamados a aumentar su fortuna ó a salir de pobres, cantarán himnos en loor de su suerte mientras que los desheredados entonan el *de profundis* a sus muertas esperanzas.

La suertel! Verdaderamente todo en el mundo es una lotería. Lo triste es que para cada bola blanca hay mil negras. La otra tarde unos cuantos carniceros, amigos todos, resolvieron celebrar una reunión en una taberna para acordar qué clase de aguinaldo darían este año a su parroquia. Estaban contentísimos, departían alegremente, bebían no pe eón sino néctar y la felicidad reinaba en el templo de Baco, cuando uno de ellos calificó de mala suerte a su mejor amigo porque no se atrevía con una copa más. ¡Quién soporta semejante insulto! En seguida salió a relucir la navaja y el camarada cayó muerto! Cuando le vió cadáver el matador lloraba desconsolado: su ánimo no había sido hacerle daño; pero la bola negra en forma de navaja le partió el corazón.

Dos familias relativamente dichosas han quedado sumidas en la desgracia. El muerto deja una viuda y dos huérfanos. El matador que seguramente pasará larga temporada aprisionado, deja una esposa y cinco hijos. Y todo por una copa de vino y una palabra no que figura en el *Diccionario* de la lengua!

Peró no nos entristezcamos. Ya las confiterías han arreglado los escaparates y recrean la vista de los curiosos con las preciosas anguilas, los sabrosos turrónes y los dulces de todas clases en artísticas cajas, que servirán para los obligados regalos. Las tiendas de ultramarinos ostentan las surtidas y pintorescas canastillas, los suculentos jamones de Asturias y de York; los pavos pasean por las calles despertando el apetito de los gastrónomos y se reúnen en los alrededores de la plaza Mayor, donde empiezan a levantarse los tinglados que servirán para expender las golosinas de tercera y última calidad. En la plaza de Santa Cruz se organizan los búscos donde los niños hallarán en breve los clásicos nacimientos, los pastorcillos, los Reyes Magos, las velitas de cera rizadas y las estrellas de Oriente.

En este período del año la melancolía se va al fondo y queda la alegría en la superficie. Nos hallamos dominados por la esperanza. Los teatros esperan buenas entra-

das, los funcionarios de menor cuantía esperan buenos aguinaldos, y todos como indiqué al principio esperamos el premio gordo.

Que el desengaño nos sea ligero!

JULIO NOMBELA.

VARIEDADES

COLABORACIÓN INÉDITA.

SEMBLANZA DE CAMPOAMOR

TEXTO DE RICARDO CATARINEU

DIBUJO DE MECACHIS

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA



Al encargármela este periódico, me pone en grave aprieto, lectores míos, y no necesito explicaros la causa. Yo, que he leído de Campoamor algo nuevo, ni menos algo bueno, después de haberse dicho de él tantas y tantas cosas buenas y malas?... Campoamor y Zorrilla son los dos veteranos ilustres de la lírica española contemporánea, y harto están juzgados favorablemente por generaciones anteriores a la nuestra. Todos sabemos de memoria sus inmortales versos, las anécdotas de su vida, los rasgos de sus caracteres, y aun muchas noticias de sus amigos, de sus parientes, de sus discípulos, de cuanto les atañe y rodea. Según la frase vulgar, valen Zorrilla y Campoamor tantos millones como cabellos tienes en la cabeza, y sus estrofas serán testigos de tantos siglos como años han vivido los dos gloriosos vates; suponiendo (no es poco suponer!) que la tierra dure setenta siglos y pico, número de años que Campoamor y Zorrilla llevan sobre los hombros.

¡Encargarme a mí, que escriba una semblanza de Campoamor! No veo en este más disculpa que la galantería de quien me lo encarga. De sus libros, poco hay que hablar; todos llevan el sello de fábrica. Leyéndolos por el orden en que el autor los fue brindando al público, se ve cada nueva obra del ilustre asturiano, aumentándose más, sin que fatiguen nunca, las notas admirables que, juntas, componen su estilo imperecedero. Muchos poetas tendrán España en los tiempos futuros, no pocos serán grandes humoristas, no pocos cultivarán la poesía trascendental; pero todos ellos, con la abnegación de los espíritus elevados, confesarán que ha sido Campoamor el que trajo las gallinas. Hoy reconocen este axioma todos los españoles y los innumerables extranjeros que gustan de nuestras letras patrias. A Campoamor, sus batallas le ha costado que lo reconocieran! Mientras las composiciones de Espronceda y las de Zorrilla eran popularísimas, las del entonces joven escritor a quien estas líneas dedico, apenas alcanzaban lectores. (Cumpliéndose así una vez más que la gloria no sea fácil compañera de la juventud; lo cual es tan serio, que hizo meditar al gran Schopenhauer, el Leopardi de los filósofos.)

—¿El humorismo? (dirían para su capote los Zoilos de aquellos días.) ¡Eso es inglés, francés, alemán, cualquiera cosa menos español!— Y D. Ramón pensaría en Cervantes cuando tal le dijeran. Si Campoamor pedía, en la poesía moderna, trascendentalismo, profundidad, reflejo de serios estudios, amenidad, ingenuidad, sencillez, asuntos dramáticos, etc., etc.: si todo esto pedía, ropito, sonreirían desdeñosamente los descontentadizos de entonces, pensando, sin duda que la poesía habría de ser «in eternum» juego pueril de la imaginación, preciosa inutilidad, delirios y logomáquia de inteligencias ¡reflexivas y sin lastre. ¡Gravísimo error! La novela y la poesía han seguido caminos muy diferentes de los que nuestros venerables abuelos calculaban. La una toma por fundamento la vida y la ciencia; la otra acrece sus vuelos, lo abarca todo, lo idealiza todo, y hace que sustituyan muchos valores a los puros, las ideas, los arroyuelos y las brías, cosas más bellas aún; las pasiones, las ideas, la humanidad viviente, y aún los progresos de lo porvenir. Y es lo mejor del caso que los modernos celosos de todas las literaturas descubren el precedente de sus «temas» (si así puede ser motejado) en las obras maestras de cien y cien genios, que fueron en la antigüedad.

Si Leconte de Lisle y Sully Prudhomme (y muchos más) buscan en Francia los nuevos moldes de la gigantesca y renaciente poesía lírica; en España; los buscan también con acierto Campoamor. Núñez de Arce, Balart y otros poetas no tan ilustres, pero ya artistas muy simpáticos.

Tengo ahora en mi pupitre, las obras completas de Don Ramón, y renuncio a hablar de ellas, pues harto discurtidas y alabadas están, según dejo dicho, y qué juicio nuevo puede esperarse, tratándose del autor de «El Drama universal»? Así creo yo que llamará a Campoamor nuestros sucesores en el planeta, haciendo justicia a esa obra, digna hermana de «La leyenda de los siglos», de Víctor Hugo; del «Prometeo», de Shelley; del «Cristo humanitario», de Leconte de Lisle; del «Diablo Mundo», de Espronceda; de «La Justicia», de Sully Prudhomme; de «El triunfo de la libertad», de Mazzini, y, en resumen, de cuantas obras poéticas de primera mano dejó nuestro siglo a los que, tras él para que sean su obra, son y su imagen más verdadera.

En otros tiempos, cuando se gobernaba a los poetas con el estilo propio: hoy se les exige más, hoy se les pide que lleven en el corazón el corazón humano, que lleven en el corazón el corazón humano, que lleven en el corazón el corazón humano.

desde su cerebro, pase a sus estrofas con tanta pureza y con tanta hermosura como se transparentan los contornos de una mujer bella en un espejo limpio. Campoamor, sin esfuerzo, concede a sus lectores todas estas exigencias justas. ¿Qué más puede hacer?

Y perdónenme los lectores míos estas divagaciones, acaso innecesarias. ¿No empezaba yo a hablar de Campoamor como poeta? Ni como poeta, ni como filósofo, ni como prosista, debo decir de él nuevos elogios. ¿Qué falta le hacen? Prefiero admirarle mucho, y guardarme en los profundos del alma esta admiración.

Hablemos de Campoamor persona. Un crítico ha dicho que su presencia sólo delataba «un burgués». ¡Vaya con la flor!... De D. Ramón, anciano y todo, afirman las mujeres que es hombre muy encantador y muy guapo, ¡y me parece que ellas son votoras! Los ojos claros del asturiano inmortal tienen algo de sus versos, por los soñadores, por lo penetrantes, por lo vivos, profundos é inquietos. Su mirada, como sus estrofas, hace á veces «reír con tristeza». Su rostro es grave; sus modales, aristocráticos; su cuerpo, señorial. A su andar majestuoso, le viene como anillo al dedo el verso del sublime Petrarca:

Non era l'andersuo cosa mortale. En cualquier corro de hombres de mundo, él es quien reina, desde que llega, por la sal y pimienta de su conversación, por la claridad de su inteligencia, por su aspecto de jefe, por el respeto y por la admiración que inspiran sus versos, su figura, su manera de sentir, su manera de pensar, su modo de ser. Gracias á que él es sencillez y no abusa jamás de tal supremacía, pues dá poca importancia á las pompas del mundo. ¡Por algo no quiso ser Duque!

Habla unas veces con el acento de niño; otras, con el criterio de un sabio; otras, con apasionamientos de artista; otras, en fin, con la gracia placaresca del hombre del mundo. Y toda esta variedad se patentiza á los cinco minutos de oírle, y casi en el instante de verle... Para no «ver» en Campoamor nada más que el tipo de un burgués se necesita ser... eso, «un burgués». ¡Parece mentira que el autor de la frasecilla sea escritor de talento! Lo es, sin embargo.

Campoamor es un corazón. Cuantos advehere con él, le ayuda, le encuentra, le encuentra. A la hora de la muerte, debes varios minutos de literatura el pan de cada día. Llegas a él al extremo de comprar el número de la obra que te interesa, y te desconsueles y en estado de ansiedad, pues D. Ramón, como un servicio, no se dispensa un favor, sino pagar una deuda.

Nuestro vate asturiano vive en la placidez de los justos. A veces se da, en gran parte, el carácter habitual.